

¿Qué es el Fondo Monetario Internacional?

Por

Jorge A. Sanguinety

Hace varios años el Fondo Monetario Internacional se convirtió en uno de los blancos favoritos de la izquierda latinoamericana y en estos días ha estado sufriendo el fuego cruzado de los gobiernos de Argentina, Venezuela y Nicaragua. Paradójicamente (en cuestiones económicas abundan las paradojas, lo cual hace la práctica de la profesión más interesante y hasta dramática), el Fondo tampoco goza de gran popularidad entre aquéllos que suelen ubicarse en el ala derecha del famoso espectro ideológico.

El Fondo nació en 1944 como parte del acuerdo de Bretton Woods en que participaron 44 naciones. El objetivo fue establecer un sistema monetario internacional que facilitara los pagos y el comercio entre naciones. Para lograrlo, el sistema estableció que las tasas de cambio entre las monedas de los países signatarios y el dólar de Estados Unidos se fijaran en una proporción dada, mientras que el dólar se podría cambiar (sólo por los bancos centrales de los países) a razón de 35 por onza de oro. Entonces, si un país comenzaba a tener más egresos que ingresos (o sea, lo que se denomina técnicamente un déficit en cuenta corriente) e incluso no podía pagar sus deudas, se le podría solicitar al Fondo un préstamo para estabilizar la situación. Como parte del acuerdo, el Fondo condicionaría el préstamo a que el país adoptara algunas medidas correctivas.

Estos desajustes pueden deberse a varias causas, por ejemplo cuando se importa más de lo que se exporta, hay fuga de capitales, el gobierno gasta más de lo que recauda en impuestos, o los intereses sobre su deuda externa suben demasiado. Entre las medidas de ajuste que los economistas del Fondo recomiendan están la reducción del gasto gubernamental, el aumento de los impuestos, la reducción del crédito o una combinación de ellas entre otras. Inevitablemente, estas medidas de “austeridad” causan malestar en la población pues para reducir el gasto del gobierno probablemente hay que despedir empleados públicos, reducir el gasto en educación, o las pensiones del seguro social. De ahí la impopularidad de la organización y el mote inadecuado e injusto de ser un instrumento del “imperialismo”. La realidad es que cuando un país acude al Fondo es generalmente por una mala gestión de su gobierno.

Otras veces sin embargo, la moneda del país no puede mantener su paridad preestablecida por motivos denominados “estructurales”, por ejemplo, si los precios de sus exportaciones caen por largo tiempo o si los de sus importaciones suben continuamente. En tales casos una de las medidas correctivas tradicionales es devaluar la moneda y llevarla a una tasa de cambio más realista, lo cual también tiende a ser una medida impopular que los propios gobiernos resisten.

A fines de los años sesenta, el sistema de Bretton Woods se hizo insostenible, pues por varias razones los países acordaron abandonar la tasa de \$35 por onza de oro y

consecuentemente las tasas de cambio fijas. En la práctica el Fondo se reinventó a sí mismo y se convirtió en un organismo internacional de préstamo de último recurso para los países miembros. Pero el mecanismo de condicionar sus préstamos a las medidas de ajuste que sus economistas recomendaban a los países con problemas continuó, lo cual era razonable desde un punto de vista estrictamente técnico, pero siguió siendo impopular por sus consecuencias. Es prácticamente imposible hacerle entender a la población que la mayoría de las veces en que el Fondo es convocado por un país es porque el gobierno ha seguido una política fiscal o monetaria irresponsable. Esta situación ha sido bien explotada por aquellos elementos interesados en desestabilizar a los gobiernos respectivos. Los diversos grupos de izquierda se identifican con esas tácticas. No importa si los líderes comprenden o no las razones del Fondo mientras las protestas populares los favorezcan.

El otro lado de la paradoja, supuestamente desde una posición de derecha, es que hay razones para oponerse a la misión del Fondo como prestamista de última instancia. El argumento principal se basa en el concepto de riesgo moral (“moral hazard” en inglés) que consiste en la propensión de los individuos o de los gobiernos a descansar en la existencia de un mecanismo de seguridad, descuidando la disciplina que debe tenerse para evitar una crisis. Por ejemplo, los que tienen seguro de automóvil conducen con menos cuidado que aquellos que no lo tienen, como se ha demostrado empíricamente en investigaciones económicas. ¿Por qué entonces hay que crear o mantener un mecanismo del cual los gobiernos acaban abusando?

Lo absurdo de que Venezuela se retire ahora del Fondo es que lo hace por las razones equivocadas, a pesar de que pudiera ser una medida aconsejable. Lo mismo se puede decir de Argentina. En rigor, ningún país que sea capaz de mantener políticas monetarias y fiscales dentro de un equilibrio macroeconómico estable necesita del Fondo. El gobierno de Nicaragua, sin embargo, está en una posición contraria a la del Fondo por otras razones, y es porque quiere abusar del gasto gubernamental por pura demagogia, aumentando el salario de los empleados públicos sin tener la capacidad para hacerlo, sólo para ganarse su apoyo político.

Yo creo que el Fondo debe reinventarse de nuevo, esta vez para convertirse en un organismo de consulta y evaluación y una fuente de información económica bajo un aura de credibilidad internacional. Sería de gran beneficio para los gobernantes preocupados por los intereses de sus ciudadanos.

Miami, 17 de mayo de 2007